

PRÓLOGO

En las tres o cuatro últimas décadas, España ha experimentado un renacimiento sorprendente en todos los campos del trabajo humano, alcanzando puestos altísimos, ocupados antes por otras naciones o incluso, en muchos casos, superando al resto del mundo. Este fenómeno digno de admiración se ha mantenido gracias al entusiasmo continuo y a la curiosidad intelectual de la última generación. Estos jóvenes escritores, estudiosos y artistas, además de examinar las principales tendencias culturales, se han dejado guiar por su afán de comprender la condición moderna y de examinar las sendas recónditas, las regiones más remotas de nuestra civilización.

La presente monografía es un ejemplo perfecto de esta energía intelectual digna de elogio, que caracteriza a la intelectualidad española hoy día. Habiendo adquirido un conocimiento completo de las tendencias artísticas y estéticas del siglo XX más ampliamente tratadas, la autora, Nieves Acedo, ha vagado lejos hasta descubrir a un pintor relegado a la marginalidad de la escena artística internacional, y que desafía cualquier clasificación. El término «descubrir» está justificado, ya que, aparte de un pequeño círculo de críticos italianos (en su mayoría milaneses), y amantes del arte, William Congdon, el pintor que llamó la atención de

Nieves Acedo, estaba a todos los efectos olvidado en su país de origen, Estados Unidos, y era un desconocido para el resto de Europa.

Congdon no es un artista fácil de analizar. El crítico, o el historiador, se ve constantemente tentado a meterse en discusiones y consideraciones que son irrelevantes para el arte de Congdon. Al igual que Byron, más alabado por su vida aventurera y tocada por el escándalo, que por la importancia y belleza de su poesía (todo el mundo conoce sus desmanes amorosos y su muerte en la guerra de independencia griega, pero sólo unos pocos han leído sus más bellos poemas), Congdon tuvo una vida intensa y pintoresca que se presta fácilmente a consideraciones erróneas que poco o nada tienen que ver con su obra. Incluso los meros datos de su vida, su nacimiento en una de las familias “patricias” más eminentes de Nueva Inglaterra, su dramática participación en la Segunda Guerra Mundial, su éxito espectacular en Nueva York y su igualmente espectacular rechazo de todo aquello que Nueva York le ofrecía, su vida como un vagabundo errante por Europa, Centro América, África y la India, su paulatina y angustiosa degeneración moral y su conversión casi milagrosa al catolicismo, sus últimos y austeros años en el seno de una comunidad monástica cerca de Milán, y su incansable producción a través de todas estas vicisitudes, pueden fácilmente convertirse, de forma errónea a pesar de las buenas intenciones, en material de ficción.

Acedo es muy cuidadosa en la discriminación de los datos biográficos relevantes. Con la habilidad del verdadero historiador del arte, sólo trata aquellos episodios e incidentes que tienen una importancia real para las obras del artista. Su tacto es más evidente en sus interpretaciones de los cuadros de Congdon de temática explícitamente religiosa. Esta tarea es especialmente delicada, puesto que no hay precedentes que puedan ayudar a la autora a la hora de encontrar un método propio para hablar del arte religioso moderno. A pesar de que existe un gran número de arte eclesiástico de primera línea (sólo tenemos que pensar en Matisse y Léger), es escaso el arte dedicado a la celebración de

una liturgia reconocible. El texto sirve tanto a aquellos lectores motivados por su propia religiosidad, como a aquellos sin convicciones religiosas pero que necesitan una interpretación de las obras de la fe en el marco del arte moderno.

Congdon es un testigo importante del desarrollo artístico y espiritual posterior a la Segunda Guerra Mundial. Es también un testigo solitario, aislado de las influencias y necesidades de la mayoría. De este modo, su arte es merecedor de un amplio reconocimiento. Su rastro se busca con creciente interés y su nombre pronto alcanzará el lugar que merece en la historia del arte del siglo XX. El libro de Acedo es una base útil y fiable para la futura valoración de la obra de este artista.

FRED LICHT